

TEODICEA CAPÍTULO I

Amor y conocimiento. - El infinito. - Verdad y sofisma. - El conocimiento. - La verdadera religión. - Adoración y conocimiento de Dios. - La obra de la Naturaleza.

4. Yo te bendigo señor, primero por el amor que según mi razón te debo; y enseguida por que tú sabes abreviar o prolongar la vida de los hombres. (S.K.M.111. 64, l.).

5. Tú, Dios mío, todos los bienes se los vendes a los hombres al precio del esfuerzo. (W. An. 242, a.).

6. Para nada quiero tocar las Sagradas Escrituras; puesto que ellas encierran la verdad suprema. (R. 837).

7. El amor de un objeto, cualquiera que sea, es hijo del conocimiento.

El amor es tanto más ferviente, cuanto más exacto es el conocimiento. Ahora bien: la exactitud deriva del conocimiento integral de todas las partes que, reunidas en conjunto, forman el todo de la cosa que debe ser amada. Si no conoces a Dios, no serás capaz de amarlo; si lo amas por los bienes que de él esperas, y no por su soberana virtud, imitas entonces al perro que agita la cola y festeja con sus saltos a aquel que va a tirarle un hueso; sin embargo si el animal conociera la superioridad del hombre, lo amaría mucho más y mucho mejor. (R. 837).

8. ¿Cuál es la cosa indefinible que cesaría de existir si se la pudiera formular? ¡El infinito, que sería finito, si se lo pudiera definir! Puesto que definir, es limitar, y los límites contradicen por definición la noción de ilimitado. (C. A.113, v.).

9. La mentira es tan despreciable, hasta cuando se la emplea para loar a Dios, que ella es capaz de restarle toda gracia a la divinidad.

La verdad es de tal excelencia, que hasta cuando sirve para loar las cosas más pequeñas, las cubre de nobleza. (C. A.118, r.).

10. Los obstáculos que oponemos a la verdad, se convierten en arrepentimiento. Es indudable que la misma relación existe entre la mentira y la verdad, que entre las tinieblas y la luz. La verdad es de esencia tan excelsa que hasta cuando se aplica a una humilde y baja materia, sobrepasa, aún así, los inciertos y mentirosos desarrollos de los aparentemente grandes y sublimes discursos. Porque nuestro espíritu -aunque tenga a la mentira como quinto elemento-, no deja de tener por ello, como soberano alimento a la verdad, que no es útil a los espíritus errantes, sino a los verdaderos intelectos.

Pero tú, que vives de sueños, te complaces más en las razones sofisticas y bárbaras y en hablar de cosas inciertas y desconocidas, que de materias de menor envergadura, pero de certidumbre natural. (Tr. 12, r.).

11. El fuego destruye la mentira, es decir el sofisma, y hace salir la verdad de las tinieblas. El fuego tiene la misión de consumir todo sofisma. Es el develador y demostrador de toda verdad, puesto que es la luz dispersadora de las tinieblas que ocultan la esencia de las cosas.

El fuego destruye el sofisma, el engaño; sólo él nos muestra la verdad que es el oro.

La verdad resplandece por fin, a pesar de la simulación. La simulación no tiene defensa ante semejante juez.

La mentira se pone una máscara, pero lo cierto es que no hay nada que pueda quedar oculto bajo el sol.

Del fuego sale la verdad, puesto que destruye el sofisma y la mentira y la máscara adoptada por la falsedad y la impostura que quieren ocultarla. (R. 1358).

12. ¡Oh!, contemplador, yo no te congratulo por conocer aquellas cosas que ordinariamente y por sí misma la Naturaleza conduce según sus leyes; pero regocíjate de conocer los fines de las cosas que están grabadas en tu espíritu. (C. 47, v.).

13. Una cosa es digna, según el sentido a que corresponde y a que satisface. (LU. 30).

14. La proporción entre la obra humana y la obra de la Naturaleza; es la misma que entre el hombre y Dios. (Id.).

15. Mi caso es de tal naturaleza que yo se que voy a ganarme muchos enemigos. Es cosa convenida que nadie creerá lo que yo pueda decir de él. Son muchos los que detestan a los puros y combaten la bondad de los que les reprochan sus vicios, no queriendo tolerar el ejemplo de virtudes contrarias, ni ningún consejo humano.

¡Oh!, si alguien es virtuoso, no lo rechacéis, rendidle honores a fin de que no tenga que huir y refugiarse entre los ermitaños, en las cavernas de la montaña o en otros lugares solitarios, para escapar a vuestras ofensas. Y si encontráis a algunos de estos que digo, rendidle honores puesto que ellos son vuestros dioses terrestres y ellos son los que merecen las estatuas y los simulacros.

Sin embargo, recordad que sus imágenes no deben ser devoradas, como acontece todavía en ciertos lugares de la India donde cuando una imagen opera un milagro, los sacerdotes la cortan en pedazos y los reparten entre los habitantes, sin dejar naturalmente de cobrarlos. Cada uno raya en fino polvo el pedazo que le ha tocado y espolvorea con él el primer alimento que come. De este modo se persuaden de haberse comido a su santo y creen que el los guardará de todo peligro.

Tales cosas, ¿son propias de hombres? (R. 1358).

16. Dentro del número de los tontos, hay una cierta secta de hipócritas que se dedican a engañarse y a engañar a los demás; pero más a los otros que a sí mismos, aunque en realidad acaben por engañarse más profundamente de lo que engañan a los demás.

Estos que digo critican a los pintores y los reprochan por estudiar, en los días de fiesta, las cosas que se refieren al mejor conocimiento de todas las figuras que revisten las obras de la Naturaleza, y de perfeccionarse en ellas con aplicación, hasta donde esto sea posible.

Que se callen tales censores; puesto que ésta no es la manera de conocer al gran Operador de tantas cosas maravillosas, ni tampoco la manera de demostrar su amor a tal Inventor. El grande amor nace del gran conocimiento de la cosa amada. Y si tú no la conoces, no la podrás amar; o, por lo menos, sólo la amarás pobremente. (LU. 77).

17. Aunque el espíritu humano realice variados inventos, con diversos aparatos concurrentes a un mismo fin, la verdad es que nunca descubrirá invenciones más bellas, ni más simples, ni más breves, que las de la naturaleza. Porque en todas las invenciones que ella lleva a cabo, nada

falta ni nada sobra, y no necesita de contrapesos cuando fabrica los miembros del animal, si no que pone en el interior de su cuerpo el alma generadora. (R. 837).

18. Siendo las cosas más antiguas que las letras, nada tiene de extraño que en nuestros días, no existan escritos sobre los primitivos mares que cubrían tantos países, y que ningún texto mencione las guerras, los incendios, los diluvios, la evolución de las lenguas y de las leyes que se consumaron en la antigüedad. Pero nos queda el testimonio de las cosas que estaban en el agua salada y que ahora nosotros volvemos a encontrar en las cimas de las altas montañas, muy lejos de los mares de entonces. (R. 955).